

## *Capítulo IX*

### *Oradores contemporáneos españoles*

No basta tomar el sabor y el tono de los oradores antiguos o de los modernos extranjeros. Cada lengua tiene su índole particular, su filosofía, su mayor o menor cadencia, sus giros peculiares, y el orador parlamentario debe acomodarse a todas estas observaciones, si no quiere transpirar un desagradable extranjerismo. Por eso queremos hablar de los oradores contemporáneos de nuestro país.

Delicado es ciertamente sacar a la escena a los hombres que viven entre nosotros, calificar y comparar los dotes oratorios que los distinguen: pero la imitación actual pide modelos actuales, nadie puede ofender cuando admira, y yo no temo ser parcial porque escribo, como dice Tácito, sin amor y sin odio, y antepongo el interés de mi conciencia al interés de los partidos.

ARGÜELLES: Yo no he alcanzado a aquel sol más que en su ocaso. Conocíase al escucharle, que los años, los disgustos y los padecimientos, habían quebrantado su alma a la vez que su salud, y que sus palabras eran los restos conservados en el naufragio, los ecos casi espirantes de una voz que había sido inmensamente poderosa. Ya no nos presentaba aquel varón insigne y virtuoso en la lucha parlamentaria, más que el esqueleto; pero era el esqueleto de un gigante que hacía calcular hasta dónde en sus buenos días habría llegado su fuerza omnipotente en la tribuna. Era claro y fluido en sus razonamientos y aunque algunas veces degeneraba en difuso, y por consiguiente en lánguido, se reanimaba en ocasiones, y entonces aparecía enérgico, rápido, vehemente, y con una valentía de imágenes y de conceptos que apenas se podía comprender en su edad avanzada. La idea que se tenía de su virtud, entraba por mucho en el efecto que producía su elocuencia. Era verdadero emblema del padre de la luz: había abrazado con su palabra cuando estaba a la mitad de su carrera, y al ir a trasponer de este mundo, tenía la misma magnitud aunque con más tibios resplandores.

MARTÍNEZ DE LA ROSA: es un orador sumamente correcto y fluido. Su palabra es la brisa suave de la tarde, el perfume de la flor, la corriente mansa del arroyo, que trae a nuestros oídos un rumor dulce y delicioso. Se inflama y eleva cuando la materia lo requiere, y entonces entra en las regiones de la grandilocuencia, y sus golpes son tan profundos como certeros.

Pero aun en estos momentos solemnes conserva todo su arte y toda su armonía, como el gladiador antiguo cuidaba de conservar su gracia y su elegancia aun para caer. En sus pensamientos hay algunas veces más belleza que solidez, y suelen parecerse a las piedras falsas que deslumbran con su brillo, hasta el punto de tomarse por verdaderas. En lo que se le encuentra más armonioso y feliz, es en las amplificaciones de nombres, de adjetivos y de verbos, que maneja con una destreza singular. Frecuentemente, cuando pasada la impresión fascinadora del momento examinamos sus raciocinios a la luz de la lógica inflexible y en la calma y serenidad del espíritu, los hallamos muy diferentes de lo que nos habían parecido, y les notamos varios puntos por donde flaquean. Entonces conocemos que la mayor parte del mérito estaba en el ropaje y en el modo de presentar las ideas, y admiramos más y más el talento de este orador.

CORTINA: Éste es el Foción de nuestros días. Su arma es la lógica más severa, unida a la sagacidad. Habla con la corrección de un libro, con el aplomo de un jurisconsulto, y con la destreza de un hombre que ha empleado la mayor parte de su vida en los debates judiciales y políticos. El sello de sus discursos es la profundidad en los conceptos, la severidad en los principios, y la más esmerada urbanidad en las formas. Sus demostraciones son tan vigorosas y exactas, que parece haber trasladado las matemáticas a la tribuna. Su decir es grave; y si no siempre arranca el auditorio del sitio en que está para llevarle en las ondulaciones de su palabra a las regiones de la fantasía, le hace conocer que donde está se encuentra muy bien, y que allí se siente completamente convencido. Se necesita suma habilidad para destruir un discurso del Sr. Cortina; porque todas sus partes están trabadas entre sí del modo más fuerte e indisoluble, y forman un todo compacto e inexpugnable, parecido a la falange Macedoniana de que nos hablan los antiguos historiadores.

Olózaga: Cuanto tienen los discursos de Cortina de concisión y rigorismo, tienen los de Olózaga de expansión, de belleza y de brillantez. La palabra de este orador es tan clara como su pensamiento, y en su pensamiento se retrata una lógica feliz que no la enseñan los libros. Cuando se apodera de un concepto, lo sigue y desmenuza hasta en sus últimas aplicaciones; pero con tal tino y elegancia, que nos parece estar a la flor del agua, cuando en realidad estamos sobre las arenas que le sirven de lecho. En los discursos de Olózaga hay ingenio para encontrar medios y salidas inopinadas, talento para dirigir estos medios, y elocuencia para darles toda su importancia y todo su valor. Su decir es claro y repasado, sus giros bellos y pomposos, sus ademanes dignos y nobles; y cuando se eleva es fuerte como la tempestad y asolador como el rayo. Sus palabras tienen alguna vez una

*La Elocuencia Parlamentaria*

amargura disfrazada que hace penetrar el dardo hasta el corazón. Olózaga es un rival muy temible en la tribuna, porque es imposible sorprenderle, y casi imposible derribarle. Se plega con igual facilidad a todas las materias y a todos los géneros de elocuencia, y en los momentos de calor ejerce una virtud magnética que le hace dueño de cuantos le escuchan sin pasión o sin prevenciones.

ALCALÁ GALIANO: Una parte de la ventaja de este orador, consiste en su pronunciación sonora, medida y diestramente acompasada de que se conoce ha hecho un particular estudio, y en los ademanes y acción con que la acompaña. Cópiese exactamente un trozo que en boca del Sr. Galiano haya hecho grande efecto, repítalo cualquier otro sin alterar una sílaba, y sin embargo, ya no es el mismo ni gusta como antes. Este orador es correcto, afuente, vigoroso, con un pensamiento rápido como la exhalación y con una erudición vasta y variada, que le ofrece recursos continuos en sus brillantes peroraciones. Cuando le oímos nos identificamos con él pensamos como él piensa, y sentimos como él siente. No hay materia por árida que sea, que no se amenice en sus labios. Su fuerza en la tribuna no es la de los hombres comunes ni aun de los atletas; es la de los titanes que arrancaron los montes y los pusieron uno sobre otro para escalar el cielo. En resumen: A Argüelles se le conocía en la tribuna que era sobre todo Español, a Martínez de la Rosa se le conoce que es poeta; a Cortina se le conoce que es abogado; a Olózaga se le conoce que es diplomático; pero a Galiano sólo se le conoce que es cosmopolita en todas las materias, en todas las ciencias y en todas las profesiones.